

2. LA MODERNIZACIÓN, LOS PARADIGMAS Y LA CRISIS DE LOS ACTORES

El proceso que inunda los espacios políticos de Latinoamérica y del mundo es una reacción contra la forma que adoptó el desarrollo nacionalista y el Estado de bienestar a partir de la segunda posguerra. Se inició como un rechazo a toda forma de intervención estatal y cuyo objetivo era señalar y llamar la atención sobre la magnitud de un cambio de época, que parece anunciar el fin de un proyecto histórico en su versión liberal y socialdemócrata.

Los cambios que se observan a nivel mundial son de tal velocidad y profundidad que por lo mismo tienen un carácter genérico y global. Al mismo tiempo que crecen el desempleo y la pobreza se incrementa la internacionalización y apertura de las economías nacionales. La refundación capitalista, el desmantelamiento del Estado nacional y la supeditación de lo público a lo privado acompañan a la apertura económica.

Otro de los rasgos determinantes de este cambio es la ruptura entre dos épocas. Por lo mismo, se sostiene que es una crisis de civilización que no sólo es parte de Occidente sino que es una crisis más global. Frente a esta situación los Estados, los partidos y los distintos sectores sociales se han quedado sin referencia, sin liderazgos, sin mediaciones que ofrezcan alternativas que permitan vislumbrar propuestas diferentes a la que hoy ofrece el sistema capitalista.

Debido a esto, la crisis de paradigmas puede ser leída desde Occidente también desde la óptica de la caída del socialismo, que representó un modelo y una alternativa frente a la democracia occidental.

Según Barnett y Cavanagh, “en las cercanías del fin del siglo veinte está ocurriendo la desglobalización del mundo político, aunque la mundialización de las actividades económicas proceda”. En este sentido la ruptura con el viejo sistema genera una supeditación de la cultura, de la política y de la economía, en general, al proyecto de mundialización económica.

Por eso es que surge la contradicción entre la viabilidad del modelo económico con la ausencia de alternativas políticas.¹

Pareciera que la crisis política es vista más bien en el espacio de los paradigmas como crisis de credibilidad, de gobernabilidad y de agotamiento de las formas tradicionales de representación político-partidarias. Se asume que la política no sólo se adelgazó sino que se despersonalizó. Tenzer, en la misma línea de razonamiento, señala que al ponerse de manifiesto la individualidad se pierde el sentido de la masa, de la colectividad y de lo popular.²

Esta pérdida de centralidad de la clase social, del partido, de la masa y la nación provoca una pérdida del sentido de organización; están cambiando las bases fundacionales de lo público tan rápidamente que no quedan espacios para que la sociedad formule alternativas políticas. Sus propuestas ocurren en universos más cotidianos y, por lo mismo, limitados. Por eso cobran relevancia la ciudadanización de la sociedad civil y las distintas formas de organización social.

En esta misma perspectiva, Guy Bajoit señala que, hipotéticamente, se puede sostener que estamos ante el fin de la era industrial y en la transición a otro modelo cultural, razón por la cual se deben estudiar las bases de un nuevo paradigma. Según este autor, los paradigmas de orientación y significación que le dieron sentido a la era industrial —integración, alienación, competitividad y conflicto— tienden a desaparecer.³

Por su parte, C.A. Viano afirma que la modernización se relaciona con el significado de la decadencia que acompaña a toda transición entre dos épocas, lo cual “permite articular el concepto con el de recuperación”; en este sentido, la transición modernizadora significa la completa renovación del paradigma vigente.⁴ Cuando hablamos de transición modernizadora nos referimos a la capacidad estatal para sustituir modelos presentes por otros, tanto en lo político, social y económico, como en las representaciones culturales y simbólicas. En estas circunstancias el cambio se da cuando el Estado entiende que para subsistir está obligado a cambiar y su futuro depende de la formación de paradigmas y de nuevas estructuras de mediación.

Habermas sostiene que el término “moderno” expresó una y otra vez la conciencia de una época que se mira a sí misma en relación con el pasado y que se considera el resultado de una transición desde lo viejo hacia lo nuevo.

¹ Véase Bernet y Cavanagh, “Global Dreams”, en *Imperial Corportions and The New World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994, p. 421.

² Nicolás Tenzer, *La sociedad despolitizada*, Paidós, Barcelona, 1992, p. 14.

³ Guy Bajoit, *Pour une sociologie relationnelle*, PUF, Paris, 1992, p. 89.

⁴ C.A. Viano, “Los paradigmas de la modernidad”, en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.

En esta misma línea de razonamiento, dice Lyotard, estaríamos transitando de la historia universal a la universalidad de la historia.⁵

Esta situación se produjo, según el mismo autor, entre las décadas de los años setenta y ochenta, y toda una generación creyó que el mundo de pronto se derrumbaba.

En realidad lo que ocurrió es un asunto básico: el reconocimiento de una nueva conciencia cultural, de una nueva percepción del tiempo, del arte, de la sociedad, así como de la crítica filosófica, la lógica productiva y la lógica política. En general, de las grandes ideas y valores que utilizamos para relacionarnos en la vida privada y colectiva, que carecen en la actualidad de sentido y significación.

Sobre este mismo punto comenta L. Tomassini que el mundo asiste al descrédito de una racionalidad colectiva, investida de la responsabilidad de orientar la historia. En este contexto se inscribe la crisis de las ideologías y de las utopías. “El agotamiento de las ideas tiene como contrapartida la reivindicación de la historia como lugar del sujeto, la del sujeto como agente privado y la valoración de lo personal, considerados como los materiales con los cuales se construye el nuevo tejido social”.⁶

El cuestionamiento que se hace este autor, sin duda vital para el mundo actual, es en qué medida el proceso modernizador sirve al proyecto neoliberal o, por el contrario, encierra posibilidades capaces de abrir caminos en otras direcciones. Señala, además, “que esta forma de ser de la realidad, y el descubrimiento de las formas de conocimiento adecuadas para capturarla, implica la aceptación de cuatro condiciones”:⁷

- a. La ausencia de fundamentos absolutos.
- b. El carácter cambiante de los parámetros, condicionamientos o límites del conocimiento.
- c. La desaparición de los grandes proyectos o metas de la historia.
- d. La aceptación de la posibilidad de que haya discrepancia entre la vida individual y los sistemas sociales.

⁵ Véase Jürgen Habermas, “Modernidad: un proyecto incompleto”, en Nicolás Casullo (comp.), *op. cit.*, pp. 131-144. Véanse también “Modernidad versus posmodernidad”, en J. Picó (ed.), *Modernidad y posmodernidad*, Alianza, Madrid, 1988, y Jean François Lyotard, *La condición posmoderna*, Red Iberoamericana, México, 1990, p. 76.

⁶ Luciano Tomassini, *La política internacional en un mundo postmoderno*, Gel, Buenos Aires, 1991, pp. 33 y ss.

⁷ Los cuatro puntos citados han sido ampliamente analizados por F. Crespi, *Modernidad. La ética de una edad sin certeza*, en Nicolás Casullo (comp.), *op. cit.*, pp. 234-235.

Esto puede conducir al surgimiento, en opinión de Tomassini, de la indeterminación, la flexibilidad y la ambigüedad de la realidad.

Desde la perspectiva de Luhmann, “puede conducir al riesgo y al caos”, y según Balandier al azar y a la nada, y en general a la incertidumbre, como los nuevos problemas políticos que aquejan a la teoría política contemporánea.

De manera que las perspectivas epistemológicas se ubican en un proceso de construcción y de desconstrucción (Derrida, Foucault) que sirve para dar validez interpretativa a las nuevas vertientes del conocimiento teórico.

En esta misma tendencia teórica, el pensamiento posmoderno tiende a sobredimensionar la “práctica” en contraposición con la “teoría”, lo que significa una desvalorización de la teoría y una revalorización de la práctica.

La epistemología de la posmodernidad privilegia la “práctica” como el punto de partida de la nueva conformación de las relaciones sociales y políticas y de las conductas individuales, y por lo tanto, como el principal motor del proceso histórico por sobre los modelos generales o proyectos históricos basados en paradigmas colectivos.

Paralelamente a esta situación, se asiste en la dimensión política a la revisión de los conceptos del Estado, del poder, a la crisis de los partidos políticos, al adelgazamiento o despersonalización de la política, a la redefinición del papel de las organizaciones sindicales, al surgimiento de nuevos actores con una presencia significativa de la mujer, los jóvenes y las organizaciones raciales. Irrumpe un parroquialismo organizacional que da lugar al “retorno a la sociedad civil”, con la consiguiente diversificación de los espacios e intereses en torno a los cuales gira la actividad política, lo que provoca el debilitamiento de la importancia que tuvieron las ideologías y las propuestas doctrinales.

En esta perspectiva, en la cual un conjunto de enfoques y opciones analíticas tuvieron una presencia significativa, éste ha empezado a ser excluido por la necesidad de repensar y rediseñar los marcos de referencia del pensamiento acerca de la realidad y de su conocimiento. De ahí que conceptos tales como la nada, la incertidumbre, el desorden, el riesgo, el caos, el sistema, la gobernabilidad y la ingobernabilidad hayan pasado a ocupar un lugar en el análisis político.

La exposición anterior nos plantea la interrogante de si los nuevos problemas representan una “reestructuración teórica” o si, por el contrario, no es más que el resultado de una desorientación teórica frente a una serie de acontecimientos y hechos que suceden en el mundo actual, que tienen un ritmo al que se suma la velocidad de la desinformación.